

Zoila Ugarte de Landívar



¡¡SALVE

QUITO!!

*Escrito para el Licenciado señor don  
J. Roberto Páez, que tanto amor tiene  
a su ciudad natal y que tanto trabaja  
por engrandecerla, en prueba de especial  
aprecio.*

Quito. — Imprenta Municipal.

---

---

# ¡ ¡ ¡ Salve Quito !!!

---

---



*Escrito para el Licenciado señor don J. Roberto Páez, que tanto amor tiene a su ciudad natal y que tanto trabaja por engrandecerla, en prueba de especial aprecio.*

**V**ELAS hispanas se hinchen con las brisas salobres del Pacífico, hienden las quillas audaces las aguas rumorosas y el ala del viento arrastra el verbo rebotante, la más castiza interjección española: es el conquistador que llega.

Estamos en la isla del Gallo; el tisú de las aguas se ondula al contorno del pequeño lunar de tierra, lente ahumado en marco movedizo, célula gloriosa de una iliada magnífica.

Allí están Pizarro y don Diego de Almagro, amigos de cama y rancho desde Panamá; dos magníficos señores de la corte de la Gloria, dos gigantes de la gesta asombrosa de la Conquista; ignaros en gaya ciencia, sapientísimos en achaques de valor, héroes de milagro que pueden emular a Cides y Rolandos, a Bernardo del Carpio y a cuantas figuras heroicas ha creado y endiosado la fantasía popular.

Han venido del otro lado del gran charco, impelidos por el espíritu aventurero de la Raza.



**Sra. Doña Zoila Ugarte de Landívar**  
Escritora Ecuatoriana.



El uno es tuerto, los dos cenceños y de estatura mediana. El alma está sobrando del cuerpo, donde le falta espacio para moverse a sus anchas.

Ni el futuro señor Marqués, ni el futuro señor Mariscal saben hacer un palote ni decir el abecé, pero menos averigua Dios y perdona; qué importa, esos ingredientes no se necesitan para conquistar tierras para España y tal vez estorben cuando llegue la hora de seguir juicios verbales, dictar sentencias de muerte y realizar otras cosas propias de adelantados y señorías de horca y cuchillo en tierras de América, que son del Rey y de sus súbditos.

La sangre ibérica primitiva bordonea ruda en las arterias; no han conocido ni conocerán jamás el miedo ni el cansancio, pero sí se saben de coro la tradicional valentía de los tercios que el señor Carlos V pasea por Europa; conocen de todas las hazañas legendarias y tienen la verbosa petulancia de quien todo lo fía a sí mismo y no duda de nada; la voluntad incontrastable, la tenacidad que lleva hasta el imposible; el valor temerario, características propias del hispano: se están criando para héroes legendarios, de esos que sobresalen en la humanidad, de la cintura para arriba, por no decir, del calcañar para arriba.

Hay consejo de jefes: el socio de Pizarro, Almagro, que vaya a Panamá a traer más gente, pertrechos y lo necesario para emprender la conquista del Perú; Bartolomé Ruiz, el piloto inmortal al que le debemos una estatua, que siga explorando el Sur, y el magnífico señor don Francisco Pizarro que se espere allí con su gente, hasta que vuelva Almagro.

Van corriendo los días; los españoles se desojan inquiriendo la lejanía del horizonte, las lontananzas engañosas. Nada ven . . . . .

La pequeña isla del Gallo se está volviendo inhospitalaria; tienen hambre, tienen sed, padecen enfermedades; perecen bajo el sol espléndido, oyendo la cadencia monótona de la ola que ríe burlona al deshacerse en la playa.

Un manto eflorescente de estrellas y constelaciones que no vieron jamás hasta entonces, titila fúlgido sobre sus cabezas, indiferente a la dolorosa estoicidad que les embarga . . . . .

Y la vela blanca de sus deseos, no asoma la cruz de sus antenas, no se hincha preñada de esperanzas!

¿Qué será de Almagro? ¿Van a morir abandonados en esa isleta solitaria?

Las rosas de la aurora se desgranán día tras día; los resplandores del crepúsculo tórnense noche cada tarde, y el soñado bergantín no llega . . . . .

Un día se llenan de gloria las pupilas, los ojos turbios de mirar la llanura inmensa y líquida, retratan gozosos el ala de gaviota, la lona tantas veces fingida en la retina por engañoso deseo.

¡Almagro vuelve, Almagro trae bastimentos, hombres, cuanto es preciso para conquistar el Imperio, que casi a la vera tienen!

Un hurra formidable estalla y se pierde en las playas distantes del Continente; las plegarias suben a los cielos!

No era Almagro, era Tafúr . . . . .

Las quejas de los confinados en la isla del Gallo, para que los hiciera regresar, habían llegado a Pedro de los Ríos, Gobernador de Panamá, y Tafúr traía la orden de que se abandonase la empresa de la conquista del Perú.

Pizarro, ante semejante resolución, pidió a Tafúr que le dejara víveres, ya que iba a llevarse a la gente.

El delegado del Gobernador negóse a ello con tenacidad.

Tafúr ha dado ya la orden de embarcarse, hay que perder toda esperanza . . . . .

Se recogen anclas, suéltanse los rizos.

¡Adiós conquista del Perú! . . . . .

La inspiración del genio se apodera de Pizarro, y de un solo aliento traza con mano audaz la línea inmortal de su gloria; la que divide la tierra de Levante a Poniente, en su corta síntesis de algunas varas españolas, y alzándose cuan alta y soberbia puede alzarse la grandeza heroica, dirigió hacia el Norte la espada que en su diestra fue cetro, diciendo a sus compañeros: "Para allá, pobreza, deshonra; para acá, señalando al Sur, riquezas, gloria! El que quiera que me siga", y cruzó la valla que él mismo había delineado, quedando en tierra austral de cara al Imperio de los Incas.

Solamente doce siguieron al audaz capitán, los demás se marcharon con Tafúr.

De la isla del Gallo, donde siempre estará de pie la épica figura del conquistador Pizarro, señalando las tierras del Sur, pasaron a la Gorgona, más distante de la costa.

No es para contado lo que allí padecieron los trece de la isla del Gallo.

Por fin después de ocho meses, llegó Almagro en un buque que logró conseguir en Panamá.

En odisea maravillosa vuelve Pizarro, llevado por su piloto Ruiz, a cruzar en triunfo las aguas ecuatorianas.

Pasa el arco magnífico de la línea equinoccial, surca el Golfo de Jambelí y desembarca en Túmbez.

Todos sabemos lo que vino después: la tragedia con todos sus horrores, la tragedia de Atahualpa, la tragedia de los Almagros y de los Pizarros!!! . . . . .



\*  
\* \* \*

La gesta magnífica desplégase epopéyica sobre el Imperio del Sol!

Caen sus templos, su culto, sus emperadores; todo pavor y destrucción tienen allí su asiento: el Inti ya no es dios! . . . . .

Rota está el ara, las vestales dispersas, las pallas ultrajadas!

Al divino Atahualpa, al soberbio guerrero, le bautizaron Juan; diéronle garrote, y tendido en el polvo vil, durmió toda la primera noche de su noche eterna, al pie del poste infamante en que lo extrangularon! El, el teócrata omnipotente, el gran sacerdote de su padre el Sol; él, que ayer no más veía postrado a sus pies todo el Imperio de confín a confín!!!

El ala entelerida de la fatalidad consumada hace tremar de horror todos los corazones!!!

Un soplo de desolación se arrastra gemebundo entre las huacas!!!

Han desaparecido los brillantes ejércitos del Inca; el español ha humillado la raza sometiéndola a servidumbre.

*Delenda est* Tahuantinsuyo! Tahuantin-uyo no ha muerto todavía! Tahuantinsuyo está en pie!!!

Quizquiz es de esa tierra de bravos, Quizquiz no suelta las armas, Quizquiz se les enfrenta y los combate en el mismo corazón del Imperio!!!

Atahualpa no debe permanecer entre enemigos.

Algunas de sus viudas se mataron para seguirle, otras acuden a su prisión y acercándose de puntillas a los ángulos, le llaman bajito, bajito, por ver si les responde! . . . . .

Pallas, súbditos, parientes, todos le han llorado bastante. Cajamarca es un solo gemido; ahora a salvarlo, a sacarlo de allí, a cumplir el deseo del soberano de reposar junto a sus mayores, bajo el cielo que le vió nacer, en su amada Quito, donde dejó sus hijos pequeñuelos . . . . .

Con perfecto sigilo roban el cadáver y lo trasladan con rapidez, como ellos saben andar, fuera del Perú.

Los restos mortales del guerrero invicto sacrificado a la ambición de los conquistadores, suben la Cordillera que tantas veces holló el Inca con su sandalia de oro al frente de sus huestes, suben en hombros de sus fieles vasallos.

¡Cómo no estalla la bóveda del cielo!!! . . . . .

En Livibamba, la patria de sus abuelos maternos, celebran sus funerales conforme al rito incaico.

La familia real, los grandes del Reino, Rumiñahui al frente del Ejército, la nación toda en pie de guerra, le tributaron los últimos honores . . . . .

¡Ya estaba en tierra libre; ya no llegaría hasta él el blanco maldecido!

Y sigue camino de Quito la caravana solemne, entre alaridos estentóreos, sollozos y canto trágico de trenos desesperados que llegan a lo más íntimo del alma, de esos con que aún hoy día entierran a sus muertos los indígenas ecuatorianos.

Melopea de angustia, ritmo a media voz, mezcla de ayes agonizantes y arrullos de *tucurpilla* solitaria, oculta entre las breñas, con que la india viuda habla, gime en ditirambos poéticos las excelencias del amado!

¡Cómo sería el llanto de las viudas y vasallos del Inca!!!

El corazón de los riscos devolvía lúgubre la gigante elegía que todo el pueblo desesperado cantaba y sollozaba al rededor de Atahualpa.

El esparto de los Andes que sabe componer rapsodias con voz dulce y lastimera en lo más alto de las cimas heladas, unió su canto tristísimo al són lúgubre de la *quipa*, de la bocina y el *pingullo*; al de los parches de guerra y al paso lento y acompasado de la milicia quiteña; lloró de pena goteando de sus hebras ateridas, el cristalino llanto de la escarcha, sobre las andas del Inca.

Llega a Quito la fúnebre teoría, y en medio de solemnidades imperiales, sepultan al gran sacerdote, al soberano adorado, y lo sepultan tan bien y tan escondido, que fue inútil la codiciosa búsqueda del conquistador, que no pudo profanarlo jamás . . . . .

El Inca duerme todavía escondido como los faraones, el sueño eterno de la inmortalidad, sin que aún sepamos en qué camarín de oro lo ocultaron . . . . .

\* \* \*

Rumiñahui, encarnación del patriotismo quiteño, temeroso de que los españoles avancen sobre Quito, aprovecha de la venida del regio cadáver para exaltar los sentimientos idolátricos del pueblo, acostumbrado a mirar a Atahualpa como a una divinidad.

Es soldado, y por experiencia sabe el odio y la venganza que la muerte del parsi divino, había despertado en el soberbio corazón de los guerreros!



Rumiñahui arenga, convoca asambleas, pacta con los caciques de las provincias la defensa común, resuelto a no entregar al extranjero ni un palmo del territorio de la patria.

Pero el generalísimo indio no contaba con la traición, ni menos con la superstición nativa; y la traición, y la superstición echaron por tierra todos sus esfuerzos de guerrero experto, todas sus esperanzas de patriota!

\* \* \*

¡ Benalcázar quiere conquistar Quito !

¡ Benalcázar está a las puertas del Reino de Quito ! . . . . .

Rumiñahui mantiene la nación sobre las armas : hay que detener al invasor !!!

Los quiteños defienden heroicamente el suelo nativo ; erizan de puntas los caminos para que no pueda pasar la caballería española, desgalgan peñas desde las eminencias de sus montañas, desde la altura de sus fortalezas ; empiedran con sus cadáveres y anegan con su sangre generosa la llanura de Tiocajas ; todo en vano, el conquistador avanza !

Esos hombres vestidos de hierro, cabalgando monstruos, hacen temblar las montañas con el estampido del arcabuz, que lleva la muerte desde lejos, como la lleva el rayo.

¿ Qué poder tienen ? ¿ Quiénes son ?

¿ Va a cumplirse el pronóstico terrible que mató de pena a Huaina ?

¿ Ha llegado la hora fatídica en que debe cumplirse la antigua profecía que anuncia que el Imperio terminará cuando lancen su lava los volcanes ?

Han temblado los montes . . . . . se han encendido sus cúpulas . . . . .

El vaticinio se realiza. Toda resistencia es inútil !!! . . . . .

El ejército indio levanta su campamento ; el camino está franco, Quito a poca distancia . . . . .

Rumiñahui y algunos de sus tenientes se esfuerzan por atajar la desmoralización y en parte lo consiguen.

Aún combaten los indios, aún se defienden, pero sin fe, sin mayor esperanza, y Quito, la imperial Quito, cae, aunque destruída e incendiada, en poder de Benalcázar, que sigue destruyéndola para buscar los tesoros de Atahualpa, que hasta el día de hoy encandilan la fantasía de los que quieren hallarlos.

\* \* \*

Corre el año 1534. Al Hijo del Sol, al gallardo don Pedro de Alvarado viénele estrecha su Gobernación de Guatemala. Ha puesto sus ojos en Quito, porque sueña en los tesoros de Atahualpa y piensa conquistar el Reino. Su armada consta de siete navíos, trae 500 hombres bien equipados, 227 caballos y todo el épico empuje de un español de aquella época, que halla pequeño el ámbito del mundo para saciar su ambición de gloria y de riquezas.

En el puerto de Nicaragua se apropia de mano poderosa, de dos buques de Gabriel Rojas, en los que éste se proponía traer 200 hombres a su amigo, el conquistador del Perú.

Las velas se tienden, las quillas rompen surco en la leyenda heroica de la conquista y llega el bello capitán a la costa ecuatoriana, siguiendo la estela gloriosa que trazó en el Mar de Balboa Bartolomé Ruiz, el piloto de Francisco Pizarro.

Salta en Caráquez y, a tienta senderos, recorre las intrincadas selvas del litoral ecuatoriano durante cinco largos meses, en medio de terribles penurias, y por fin, al cabo de ellos logra salir al callejón andino, donde encuentra estampadas las huellas de los caballos de Pizarro.

Había llegado tarde; Benalcázar y Almagro estaban allí para estorbarle el paso, y se lo estorbaron en forma.

El rubio y gentil Gobernador, el Adelantado temerario del César Carlos V, tuvo que voltear cara y volverse a su Gobernación de Guatemala, dejando a sus rivales su flotilla, sus hombres, sus pertrechos, por cien mil pesos que Almagro se dignó ofrecerle.

Acampaban éste y Benalcázar en la llanura de Cicalpa, cerca de Liribamba, no lejos del hermosísimo lago de Colta.

Almagro no consintió ni por un momento en abandonar el campo. En tan apremiante emergencia, pues Alvarado estaba cerca, resolvió fundar un caserío en nombre del Rey y de Pizarro, cuyos poderes tenía, para de este modo alegar derechos de posesión, y allí mismo, en la bella explanada, cerca de la ciudad indígena, capital de Puruhá, se delineó, el 15 de Agosto de 1534, el primer pueblo de españoles en nuestro territorio, con el nombre de Santiago de Quito “e por que dixo que no sabe escrevir firmó por él a su ruego — blas de Atiença”.

El 28 de Agosto del mismo año se firmó en Santiago de Quito, otra acta de la fundación de la Villa de San Francisco del Quito “e por que el dicho señor Mariscal (Diego de Almagro), e por su man-



dado lo firmo Juan Despinosa, secretario de su magestad e alcalde mayor en estas provincias de Quito por su magestad”.

El 6 de Diciembre de 1534, entró el Teniente de Gobernador, (Sebastián Benalcázar), por segunda vez en la capital de Atahualpa; mandó que se inscribieran los españoles que quisiesen ser vecinos de Quito; se inscribieron 204, se hizo el plano de la nueva ciudad, señaláronse sus términos y ejidos.

“En XX días del mes de diciembre MDXXXIV, el señor capitán (Benalcázar), mandó a hacer e hizo la traza de esta dicha villa y en ella escrevir o señalar solares a los vecinos de esta dicha villa”.

Así quedó fundada *de hecho* San Francisco de Quito.

\*  
\*  
\*

La Quito de los Caras, la Quito de los Incas — Shiris, poblada de magníficos templos y palacios construídos con piedras traídas del mismo Cuzco, cubiertos de oro, laminados de plata, tapizados de telas preciosas y multicolores, era ya española . . . . .

Situada en un plano quebrado, rodeada por alturas que los Incas bautizaron con los nombres de las eminencias cercanas al Cuzco, como para darle semejanza con la ciudad sagrada, al norte estaba Carmenga (San Juan); al Sur, Yavirac (Panecillo); al Oriente, Anachuarqui (Ichimbía); y al Occidente, Huanacauri (la Chilena).

En la cima del Yavirac se levantaba el magnífico templo del Sol, que era también observatorio astronómico, y en la Colina Carmenga, el de la Luna, su esposa.

Los muros macizos de los palacios reales y los de la nobleza, erguíanse altaneros entre las habitaciones humildes de los vasallos del Inca.

Sobre sus ruinas construyeron los conquistadores sus casas, que al principio fueron de tabiques y techadas de paja.

Toda la ciudad dividida por quebradas profundas, la convertían en un sitio estratégico de primer orden contra las acometidas frecuentes de Rumiñahui y demás capitanes que trataban de asaltarla y de incendiarla.

Desde la Cordillera Oriental, el tenaz guerrero amagaba sin descanso el campo español, manteniéndolo en continua zozobra.

Esto duró hasta que pudieron apoderarse de Rumañahui que dormía sus fatigas en una choza, y en diversas circunstancias, se apoderaron también de los demás jefes quiteños y a todos les quitaron la vida.

\* \* \*

El tiempo, la servidumbre y la miseria han borrado de la memoria del pueblo quiteño, su estirpe, su boato, su libertad, o más bien, el suave dominio de los Incas - Shiris.

Ven vaga, nublada la visión de la magnificencia de Huaina y de Atahualpa, cuando ostentando sus vestiduras reales, bordadas de oro, los raros y luengos pendientes, el riquísimo peto cuajado de preciosas gemas, las insignias de emperador: el llauto rojo del Inca y la esmeralda de Shiri, cruzaban la ciudad en andas de oro, balanceando sobre su frente altanera las plumas sagradas del coraquenque y precedidos del estandarte insignia, en que el arco iris deslumbraba, para ir a pontificar, por caminos cubiertos de flores, en la cima sagrada del Yavirac.

\* \* \*

El español hace indios ladinos, batihojas sutiles, escultores maravillosos!

A veces, como en ambos prima la superstición, mistifica la del indígena supliéndola con la suya.

Pone modelos delante y arma al nativo de escoplo y de cincel, y el nativo, que para imitar tiene un sentido aparte, va labrando bajo el rebenque del capataz, columnas salomónicas de mórbida contextura, volutas florecidas de azucenas ideales, para adornar el templo que ha de encerrar un ara que no es la vernácula de la raza.

La mano del orfebre indígena, tan hábil en afiligranar joyas de oro para su Inti y para su Rey, repite la obra, no ya en el metal precioso, en la piedra viva, en la berroqueña de durísima entraña y también en la madera de los cedros nativos, en el sisín de sus montes, en el capulí, su árbol doméstico, la sombra cariñosa de su míscro techo de esparto.

Y surgen por milagro del artífice indio, templos soberbios que ríen su gracia barroca y complicada en altares y alfarjes, en púlpitos y cornisas que pueden salir a concurso con sus similares de la Península.

La Compañía . . . . . San Francisco . . . . . la Capilla Mayor . . . . .

Un campanil aquí, una torrecilla, una puerta mudejar, un retablo maravilloso . . . . .

Surge la ciudad de piedra para gloria y regocijo del conquistador, que se siente en su casa y algo así como en su propia España; que



siente tranquila su conciencia, porque, si ha matado indígenas ha sido para salvar sus almas; si los ha desposeído de su libertad y de sus tierras, ha sido para civilizarlos, y sobre todo, porque el derecho de conquista es derecho de valientes y en eso nadie le echa pie adelante.....

Del español y la india ha nacido el mestizo, que lleva el nombre de su padre, es engreído y se siente superior a los de su raza.

Como es orgulloso, no quiere tolerar imposiciones, ni quiere ser menos que los nobles. Reclama derechos y quiere conquistarlos.....

La raíz épica de sus dos estirpes echa tallo vigoroso.

Estalla la llamarada del volcán, el grito libertario del 10 de Agosto retumba imponente en todo el ámbito de la América y por un momento la caldea.

Luego la epopeya: Sucre!!! Calderón!!! Pichincha!!!

\*  
\* \* \*

Han pasado los siglos.

Devánase el ovillo inconmensurable de los tiempos.

Cuatro centurias rodaron sobre las cúpulas de azulejos brillantes, atalayas de la fe de la ciudad colonial, vieja sede española; predilecta del Sol, cuyos adoratorios cayeron, cuyas piedras desencajadas de los muros autóctonos, protestan eternamente prisioneras de arquivadas y cimbras de extraña arquitectura; cuyos fundamentos gimen bajo la pesantez de la basílica cristiana.

La góndola maravillosa de quilla fina y ligera empavesada de oriflomas y grímpolas, surca veloz la corriente secular, boga sobre el piélago azul de la leyeuda, enflora su popa de las raras flores que abren sus corolas en el confín de lo irreal, embarca rayos de sol.

Golondrina del ensueño, abre la cruz de tus alas, transpórtanos al viejo ciclo, cuya historia lejana musita a nuestro oído encantadoras mentiras.

Han pasado los tiempos, han rodado los siglos!

Remóntalos, fantasía, dórate de sol!

La mano incansable de Cronos abolló un poco la medalla que troquelaron los españoles y los mestizos de la Colonia, mas no ha logrado ni disminuir sus quilates ni borrar el sello primigenio que estamparon en ella sus fundidores: su origen permanece intacto.

El tiempo consiguió algo: echó sobre las cosas su velo de misterio, la niebla de la lejanía, mas, al través de ella los ojos inquiridores descubren la línea idealizada pero neta.

La retina vivaz del cerebro fantaseador contempla en odisea retrospectiva las bellas figuras desdibujadas, los tipos legendarios, la

hechicería de lo trunco y lo borroso, de lo que huye del tacto, con admirado pasmo, con devoto respeto, como deben mirarse los seres impalpables que salen de la tumba para decirnos algo, para contarnos un secreto.

Acércate, Tradición, ponte tus arreos, viste la saya amplísima de seda, el zapatito de raso, la mantilla de blonda y háblanos con tu donaire y tu armonioso ceceo, de los tiempos que fueron, de las cosas que fueron, de los hombres que fueron . . . . .

Redivive sus gestas, cuéntanos sus avatares, la gracia donairosa de sus mujeres, el arte con que tallaron en piedra sus prolijos arabescos y repujaron a martillo sus altares de plata.

Háblanos de la fe voluptuosa, porque era devoción y era valentía, con que los alarifes castellanos lanzaron al espacio la rotundidad del cimborio, antesala del cielo, en que se apoya la escala misteriosa de Jacob, que atropellados suben los ángeles de la oración y presurosos bajan los ángeles del consuelo y de la gracia divina.

Cuéntanos el afán con que trajeron de su España gloriosa, todo cuanto tenían; cuéntanos el amor con que todo lo dieron: su sangre, su lengua, su religión, sus leyes, sus cabildos, su agricultura, su sistema de riego aprendido del morisco, quien tejió de arcaduces y canales, cubrió de fuentes y de albercas la Península.

El indio entendía también de canalizar y regar, el español siguió canalizando y regando. Construyó nuevos acueductos de piedra, anchos, profundos, capaces, que no permitían el desborde de las furiosas avenidas que a menudo se lanzan sobre la ciudad.

Construyó para el servicio de la población los tradicionales *cajones* y los *chorros* de Santa Catalina, San Agustín, del Sapo y muchos más; adornó de *pilas* las plazas, y en esas pilas corría y saltaba gozosa el agua cantarina en los días ordinarios, y en algunos de tabla, y en celebraciones reales, leche y miel para solaz de los vasallos del Rey.

Esos tiempos de antaño estampados están en la ciudad; plasmados con cariño por el español en cada una de sus piedras.

Quedaron en la tradición épica, en la leyenda, en la conceja popular, en el genio y supersticiones del pueblo, en sus modismos, en el gusto por las artes, que no desdice hasta hoy de la herencia inicial; en lo inextinguible de su ingenio travieso, en la belleza encantadora y delicada de sus mujeres, que llevan en el cerebro el fanal divino de la inteligencia y tienen el espíritu vivaz de la andaluza, su gracia, su eutritmia, la réplica pronta, el epíteto rebosante de intención oportuna.



Tipos cruzan las calles, que bien pudieran servir de modelo a un pintor de costumbres españolas; hay figuras de Lavapies por su insolencia y desparpajo y hasta Rinconetes y Cortadillos.

La capa española tercia con garbo su embezo sobre el pecho de próceres devotos y también en los hombros ágiles del universitario dinámico, reformista y alguna vez algarero de la Central, antigua Universidad de Santo Tomás de Aquino.

¡Que fuerte la pinta ibérica!

Quito sigue siendo española y colonial del calcañar al colodrillo, pese a la civilización moderna que se mete de rondón en estas breñas del Ande, y, a mucha honra y satisfacción de todos!

Los eslabones herrumbrosos de los siglos medios, deslizáronse en Quito, rudos e inquietos, entre el fragor del combate, los reveses y tajos del arma blanca, que nunca hería de recazo, el zaszas de la adarga homicida y cruel, el tronido del arcabuz, las devociones y la galantería con sus idilios, tragedias y leyendas.

Allí donde hay que realizar un imposible, allí el conquistador; allí donde hay que vengar alguna ofensa, allí el conquistador; allí donde se puede requebrar a una mujer, allí el conquistador; por élla mata, se condena, arrastra por el polvo los roeles del escudo que honraron cien generaciones!

¡Qué hombres aquellos!

Hombres que con naturalidad inexplicable, reunían en sí, todos los vicios, todas las crueldades, todas las excelsitudes y toda la sencillez del niño.

La Humanidad abrirá siempre la Historia, curiosa y encantada para buscarlos en sus páginas.

Vedlos, van a desfilan: Diego de Almagro, Sebastián de Benalcázar, Gonzalo Pizarro, Blasco Núñez de Vela; Cepeda y Ahumada a carrera tendida, con el Estandarte Real desplegado, cruzando los ejidos de la ciudad; Pedro de Puelles, otros, otros, y otros, en fila interminable, héroes fantásticos de la épica quitense!

Y cruza también la tapada un callejón oscuro.

La *Vinda* perfila su silueta sandunguera y diabólica, cimbrando el talle tentador, bajo el Arco tendido de Santo Domingo, en recluta de almas para su compadre Satanás.

Las ánimas del Purgatorio salen de cuando en cuando en largas procesiones devotas, ofreciendo ceras a los trasnochadores pecaminosos, ceras que al rayar el alba se transforman en tibias amarillas y polvorientas.

El ajusticiado horripilante tiende la mano para empuñar al transeunte nocherniego, al pie del rollo de piedra donde pagó sus crímenes . . . . .

Tómanse a brazos los espectros de los rivales, que batiéndose en duelo, cayeron con el corazón partido por el odio, que sigue perdurando todavía.

Aún se ve fugaz al volver de una esquina o en el recodo de un sendero extramuro, volar la capa y balancearse el airón, sostenido por rica piocha de diamantes, sobre el romántico chambergo del conquistador amartelado y galán, que va tras la aventura, haciendo resonar las rodajas de oro de sus espolines, sobre la senda tortuosa.

Aún tiene su trigalito fray Jodoco; aún se inclina sobre él, manso y humilde, para echar la simiente en el surco; aún empuña la hoz para cortar la espiga miraculosa, germen de innúmeros trigales; aún susurran los cedros sobre su cabeza la canción de las hojas y la plegaria agradecida que el santo fraile manda al cielo, rebosante de gratitud, mojada en lágrimas de emoción infinita, al ver cuajado el grano redondo y duro como una bendición!

Así viven en la Quito colonial y legendaria los seres del pasado, aferrándose a los muros derruidos, cubiertos de verdín, a las capillas mortuorias, a los campanarios donde el *chucshi* lanza su graznido espeluznante y agorero.

Quito, la ciudad de las piedras labradas, pese a los cuatro siglos que han corrido desde su fundación, sigue y seguirá siendo, la ciudad colonial, la ciudad de la leyenda hispana, de la leyenda rutilante de los tesoros de Atahualpa.

\*  
\* \* \*

¡Salve Quito, salve!!!

Humboldt, Reiss, Stübel, Wimper, de pie sobre tus cimas miran y seguirán mirando sobrecogidos de pasmo, el milagro asombroso, el prodigio geológico que de un solo empuje estrelló la Tierra contra la bóveda celeste, levantando para tí el ponderoso plinto en que te asientas sobre lo primo de lo excelso; donde te arrebuja en el éter, donde el ala prócera del cóndor abre su flabel de rasos para sombra de tu rostro; donde la umbela de los cielos recamada de soles, despliega pomposa su anchurosidad turquí.

Una corte de cíclopes fantásticos, tu corte de vasallos gigantes, tallados en granito, te hacen la guardia de honor, la más alta, encumbrada y maravillosa del planeta.

Cubiertos de caprichosos yelmos y garzotas de nubes, sus agujas, su crestería soberbia rasgan el azul con sus cimeras atrevidas.

Calado hasta los ojos el capacete de nieve, dombos magníficos bajo el magnífico dombo de los cielos, allí se están avizorando el hori-



zonte, alta la cabeza, sublimes en su imponente actitud de espera: Pichincha, Corazón, Atacazo, Iliniza, Rumiñahui; Cotopaxi, Sinchola-gua, Antisana, Cayambe, Saraurco!!! Escolta real y excelsa de la excelsa Sultana de los Andes!

\*  
\*  
\*

Arriba el cielo cristalino, arriba el sol espléndido, cayendo a plomo sobre la tierra fecunda, que exhala la fragancia del surco, del germen que revienta, el almizcle acre del insecto que vuela fecundando la flor.

Arriba la línea vigorosa que limita las montañas, destacándolas sobre el añil del cálido horizonte, vestidas del pie a la cumbre de rasos y terciopelos joyantes, de estofas doradas por la espiga, salpicadas del ágave azulado, del arrayán frondoso.

En las cumbres el pajonal que ondula, la voz del cierzo andino que hace retumbar su quipa entre los riscos!

Abajo la niebla cándida, vistiendo amorosa con sus cendales transparentes, colinas y collados; el rocío del cielo tendiendo la hechicería de su ondulante vapor de plata sobre las florecillas de la grama en la llanura inmensa de los ejidos coloniales.

¡Salve Quito, paraíso florecido de retamas fragantes!

Palla gentil sentada en alcatifas orientales, donde se abre la flor de nieve y el cáliz inmaculado de la indiana *aguacolla*.

En tus cármenes encantados rojea la zagalita rústica, bordan sus primores los helechos, los heliotropos y los cactus.

Velos sagrados de la Hélade, gasas de amarillo triunfal tejidos de de tus *ñacchas* silvestres, estrellas temblorosas que llovieron por miriadas sobre tí, en el misterio de la noche, echando raíces en tu suelo generoso, tienden su gloria eglógica sobre tus campos risueños.

Un pentecostés de gloria, una pascua de color, una primavera perpetua aletea sobre tí, sembrando flores sobre tus prados y tus cimas, en el haz del calvero, en el fondo de las quebradas húmedas, en los barrancos, en la pared ruinosa, a la vera del sendero, al socaire del muro, en las hendiduras del tejado y el campanario del templo; en la linde misma de las nieves eternas!

Salve, Quito excelsa, salve cuna de santos! Entre tus blancas nieves, en tus praderas floridas abrió su cáliz de armiño la Azucena de Quito!

¡Salve cuna de libres, santuario de América, adoratorio de la Libertad, cuna egregia de Espejo, de Manuela Cañizares, de Manuelita

Sáenz, la esposa morganática del Libertador, la salvadora del Libertador, la salvadora de la libertad de América!

¡Salve, Quito magnífica, cuna envidiada de sabios: de González Suárez, de Luis Felipe Borja!

Quito de los Caras, Quito de los Incas, Quito castellana, Corte de Huaina, capital fastuosa de Atahualpa, primogénita de la Libertad. suspendida como un astro en la mitad del universo, ¿qué falta a tu belleza, qué le falta a tu gloria?

¡Nada! Los soles te coronan, la Cruz del Sur abre sus brazos amorosos, pasmada de admiración cuando te mira!

Princesa encantada por un brujo alquimista, estás contando estrellas en altísima cumbre y si te empinas tus dedos rozan las constelaciones: Leo, Virgo, Sagitario, el collar de brillantes que desgrana sobre tu cabeza todos los fulgores eternos de los astros.

¡Salve Quito, jalón divino que marcas la mitad del mundo y tienes por diadema de tu realeza la línea equinoccial, que los siglos sigan rodando sobre tí miríficos sin desflorar tu belleza, dorándote con mano eterna de la pátina sacra que el tiempo deposita sobre las obras peregrinas, consagradas por evos milenarios!

¡Salve, sultana de los Andes, Quito de los Shiris, Quito de los Incas, Quito castellana!

¡Salve, tres veces salve! . . . . .

**Zoila Ugarte de Landívar.**

Quito, Agosto 28 de 1934.